

Del intercambio de mensajes a la producción de sentido: Implicaciones de una perspectiva sociocultural en el estudio de la comunicación

*Raúl Fuentes Navarro**

Resumen

Este trabajo pretende acercar y someter a debate algunas premisas conceptuales y prácticas que, en contextos latinoamericanos contemporáneos, contribuyan a una mejor comprensión de las implicaciones que acarrea la construcción de una perspectiva sociocultural en y para el estudio académico de la comunicación. Para ese propósito, al mismo tiempo que se busca clarificar e incluso reformular el sentido de varios de los términos centrales de este campo académico en los planos metodológico, teórico y epistemológico, se intenta explicitar y situar las condiciones desde las que se reflexiona, que son las mismas sobre las que esta práctica se propone incidir en América Latina. En síntesis, se trata de avanzar en la tarea central del estudio académico de la comunicación: la producción social de sentido sobre la producción social de sentido.¹

Palabras clave: Comunicación, epistemología, campo académico, profesionalización, producción de sentido.

From the messages exchange to the production of sense: implications of a socio-cultural perspective in the study of communication

Abstract

This work tries to approach and to place under debate some conceptual and practical premises that, in contemporaneous Latin American contexts, contribute to a better comprehension of the implications that carries construction of a socio cultural perspective in and for the academic study of communication. For this purpose, at the same time that it pursues to clarify and to reformulate the sense of several of the central terminus of this academic field in the methodological, theoretical and epistemological planes, it tries to specify and to locate the conditions where it is reflected from, which are the same ones that this practice sets out to affect in Latin America. In synthesis, to advance in the central task of the academic study of communication: production of social of sense about the production of social of sense.

Recibido: 14 – 03 – 04

Aceptado: 29 – 04 – 04

* Departamento de Estudios Socioculturales, ITESO, Guadalajara, México. raúl@iteso.mx

Key words: Communication, epistemology, academic field, production of sens.

«Comunicación» es una rica maraña de hebras intelectuales y culturales que codifica las confrontaciones de nuestro tiempo consigo mismo. Comprender la comunicación es comprender mucho más (Peters, 1999: 2).

El campo académico de la comunicación y sus problemas de legitimación

La primera cuestión a clarificar es el concepto de “campo académico” (Fuentes, 1992; 1998), cuya existencia como continente y referente de la discusión se establece como premisa de entrada (Vassallo de Lopes, 2001) y que, obviamente, refiere a la obra de Pierre Bourdieu (1975; 1988; 2000). Pero lo que aquí se hace es un uso heurístico (Velasco, 2000) del modelo de campo como marco interpretativo y referencial, lo cual consciente e intencionadamente excluye otras perspectivas de entrada, si bien se integra con postulados de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (1984) y aportes de otros autores, para desarrollar análisis en múltiples dimensiones articuladas y desde una perspectiva sociocultural, es decir, una que permita investigar las relaciones entre instituciones, discursos y prácticas, o dicho de otro modo, entre la acción socialmente estructurada y el sentido generado por los sujetos.

Puede considerarse desde ahí un hecho constatable que, independientemente del tiempo y el espacio que se usen como escala para identificar el campo académico de la comunicación y sus condiciones de desarrollo, en el centro de ese proceso histórico se encuentra la cuestión de su legitimación, siempre en debate, invariablemente objeto de lucha, tanto al interior como al exterior del propio campo. Cuando se discuten las

condiciones de la legitimidad intelectual de nuestros estudios, es decir, cuando apelamos al análisis epistemológico de los esquemas, discursos y saberes que postulamos como válidos, y confrontamos los criterios de evaluación para calificar o descalificar perspectivas que no son la propia, no podemos eludir los factores sociopolíticos que, en diversas escalas, determinan ese análisis también en sus dimensiones ontológica, ética y organizativa o social.²

Por ello en el campo científico los conflictos epistemológicos son siempre, inseparablemente, conflictos políticos. Pero habría que considerar con mayor detenimiento que esto está directamente relacionado con el grado de autonomía conquistado por el campo. Si la definición de lo que está en juego en la lucha científica forma parte de la misma lucha (Bourdieu, 2000: 20), es indispensable reconstruir desde su origen las definiciones en pugna, y apreciar en qué medida y de qué manera su formulación e institucionalización dependen de agencias de poder internas y externas. Para el campo académico de la comunicación, cuya constitución es tan reciente como incipiente, y debido a sus pretensiones de cientificidad, tengan o no fundamento válido, estas cuestiones siguen indudablemente abiertas, y hacen muy pertinente la indagación histórica.

El debate sobre la legitimidad intelectual de los estudios sobre la comunicación, que expresa en buena medida la lucha por la legitimación de ciertas perspectivas y la consecuente deslegitimación de otras en función de un poder diferencialmente construido y distribuido, ha tenido sin duda como escenario principal al sistema académico norteamericano, donde parece haberse impuesto en las últimas décadas un pluralismo muy ambivalente y confuso, sospechosamente coincidente con la creciente concentración y expansión global de las industrias mediáticas. Así puede explicarse por qué lo que comenzó a principios de los años ochenta como una búsqueda de claridad sobre el “fermento en el

campo”, entendido como una “crisis de paradigmas” en términos más o menos epistemológicos (Journal of Communication, 1983), ha derivado en una polémica multidimensional y en el reconocimiento de una fragmentación aparentemente irresoluble, que entre muchas otras consecuencias ha suscitado un interés muy crítico por la historia, intelectual y social, del propio campo. Habría que interpretar desde ahí por qué, después de una década, el debate norteamericano se reformuló alrededor del “futuro del campo” (Journal of Communication, 1993) o en el imperativo de “definir los estudios de medios” (Levy & Gurevitch, 1994), para empezar por los títulos bajo los cuales se publicó la polémica.

Si bien George Gerbner, el editor de la publicación de 1983, llegó a la conclusión de que las oposiciones entre conocimiento básico y aplicado, entre ciencia y arte, entre análisis cuantitativo y cualitativo, entre investigación administrativa y crítica, “no se sostienen ni lógicamente ni prácticamente con independencia de las razones históricas que lo hicieron creer así” (Gerbner, 1983: 362), Mark Levy y Michael Gurevitch, editores a su vez de la edición de 1993, plantearon de entrada que “el ansia por descubrir un paradigma universal de la comunicación ha sido sustituida por una cómoda aceptación del pluralismo teórico”, que “al saber académico de la comunicación le falta status disciplinario porque carece de un núcleo de conocimiento y por tanto la legitimidad institucional y académica sigue siendo una quimera” (Levy & Gurevitch, 1993: 4).

Una lectura posible del intrincado debate, crecientemente internacionalizado y muy pertinente para la situación actual del campo en América Latina, permite distinguir diversas comunidades de académicos que alegan tener respuestas alternas a las preguntas fundantes del campo, lo cual demuestra cómo el estudio académico de la comunicación se hace en el proceso de comunicar sobre la comunicación. Así lo ha hecho notar Klaus Krippendorff (en

Anderson, 1996), alguna vez y todavía reconocido por su manual de análisis de contenido (1980), quien ha insistido en los últimos años en la necesidad de elaborar desde otras bases epistemológicas un concepto de comunicación no centrado ya en los mensajes como realidades “objetivas”, que “afectan” a quienes se exponen a ellos y que crean una “comunalidad” social de la cual hay que evitar las “desviaciones” (Krippendorff, 1994: 42).

En cambio, habría que construir una radicalmente nueva y virtuosa síntesis, en que se vea a los seres humanos, primero, como seres cognitivamente autónomos; segundo, como practicantes reflexivos de la comunicación con los otros (y esto incluye a los científicos sociales en el proceso de sus investigaciones); y tercero, como interventores moralmente responsables, si no es que creadores, de las realidades sociales en las que terminan viviendo (Krippendorff, 1994: 48).

Con bases constructivistas, en algunos momentos radicales, Krippendorff plantea, así, un proyecto epistemológicamente reflexivo éticamente orientado, del cual seríamos responsables los académicos de la comunicación, como agentes que a su vez reconocen la capacidad de los otros actores sociales de la comunicación para dar cuenta de sus prácticas. Los ejes de una revisión crítica del campo y los fundamentos de su reconstitución teórica, no podrían ser entonces “puramente” epistemológicos, sino que deberían articular los factores de ejercicio de poder y de legitimidad con la construcción de los significados.³

Pero ahí se abre otro cuestionamiento, aún más radical y estimulante, que John Durham Peters desarrolla en su obra *Hablar al aire: una historia de la idea de la comunicación* (1999), donde descalifica la pertinencia de cualquier análisis que no tome en cuenta que “en gran parte del discurso contemporáneo, «comunicación» existe como una suerte de plasma germinal conceptual malformado e indiferenciado. Rara vez una idea ha sido tan infestada de lugares comunes”.

Porque «comunicación» ha llegado a ser propiedad de políticos y burócratas, tecnólogos y terapeutas, todos ansiosos por demostrar su rectitud como buenos comunicadores. Su popularidad ha rebasado a su claridad. Aquellos que buscan hacer teóricamente preciso el término para el estudio académico, han terminado a veces sólo formalizando el miasma a partir de la cultura más en general. La consecuencia es que el pensamiento filosóficamente más rico sobre la comunicación, tomada como el problema de la intersubjetividad o las rupturas en la comprensión mutua, se encuentra frecuentemente en aquellos que hacen poco uso de esa palabra (Peters, 1999: 6).

Peters señala que “la noción de teoría de la comunicación no es más vieja que los años cuarenta (cuando significaba una teoría matemática del procesamiento de señales), y nadie había aislado la «comunicación» como un problema explícito hasta las últimas dos décadas del siglo XIX” (Peters, 1999: 9-10). Como objeto de debate intelectual, ubica a la comunicación especialmente en los contextos posteriores a la primera y la segunda guerras mundiales, tanto en las ciencias sociales como en las humanidades, y justifica su estudio en la actualidad, y por lo tanto, la clarificación futura de sus fundamentos, en la constatación de que al mismo tiempo que la comunicación se convierte en un principio cada vez más importante del sentido en todos los ámbitos de la existencia social, según la doxa imperante, la academia no logra constituir un sistema de conocimiento que vaya más allá de la reproducción de esa doxa, de ese conocimiento cotidiano acrítico y funcional, con el que la ciencia tendría que romper. Siguiendo a Bourdieu, podrían entonces interrogarse los constitutivos comunes entre las comunidades de académicos que sostienen propuestas divergentes pero comparten esa imposibilidad de construir un conocimiento y un método crecientemente autónomos de la determinación social, externa al campo pero incorporada e institucionalizada en él. Y en esos términos, lo que habría que distinguir es el conocimiento

científico de esa doxosofía, “ciencia aparente y ciencia de la apariencia” (Bourdieu, 2000), que sobre todo con un tinte tecnologicista y a partir de la irrupción de la Internet en el horizonte cotidiano durante la última década, ha proliferado en el campo y alrededor de él.

La sugerencia de Peters de que “comprender la comunicación es comprender mucho más”, comprender “las confrontaciones de nuestro tiempo consigo mismo”, puede leerse como una fórmula paralela a aquella que argumentó Jesús Martín-Barbero entre nosotros hace más de una década en el sentido de que la comunicación ocupa un “lugar estratégico para pensar la modernidad”, razón fundamental por la que su estudio debe de ser “transdisciplinario”:

La expansión e interpenetración de los estudios culturales y de la comunicación no es fortuita ni ocasional. Ello responde al lugar estratégico que la comunicación ocupa tanto en los procesos de reconversión cultural que requiere la nueva etapa de modernización de nuestros países, como en la crisis que la modernidad sufre en los países centrales. No es posible comprender el escenario actual de los estudios de comunicación, y aún menos trabajar en su prospectiva, sin pensar esa encrucijada (Martín-Barbero, 1992).

Podemos constatar que muchos analistas de la contemporaneidad, ubicados en muy distintas posiciones del espectro ideológico y científico, están proponiendo al conocimiento, a la información, a la comunicación, como ejes centrales de construcción de un mundo nuevo, al mismo tiempo que se expanden por el mundo y se concentran en poquísimos núcleos de control las industrias del sector. Parece que la idea de que hay un desplazamiento acelerado de los factores económicos y políticos hacia los simbólicos y culturales en los núcleos de la transformación social no resulta tan descabellada como en los siglos anteriores. Las finanzas mundiales y las elecciones en muchos países, como México en 2000, así lo hacen pensar. Para algunos, el siglo XXI estará marcado por la

importancia creciente de las relaciones simbólicas, en vez de la de las relaciones materiales, en la estructuración de la realidad global. La comunicación, quizá con la Internet como paradigma, sería así la clave central de la globalización. ¿Pero qué significan, en cada uno de los autores que así lo argumentan, «conocimiento», «información» y «comunicación», y qué relaciones conceptuales se proponen entre estos términos? Por mencionar sólo una de las múltiples preguntas que tendrían que seguir a ésta: ¿y qué tienen que ver los «medios», como instituciones industriales, en ello?

Mi postura es que al dejar sin abordar con rigor estas cuestiones básicas, se produce un efecto de disgregación tal en el campo, que sólo es aparentemente paradójico que prevalezca un “pluralismo” superficial y acrítico, sea bajo la imagen de la “especialización” o de la “interdisciplinariedad”, y en realidad se impongan así el “pensamiento único” y la instrumentalización de la comunicación y sus recursos. Como corolario de su Historia de las teorías de la comunicación y, al menos desde Pensar sobre los Medios (1987), así lo habían advertido ya los Mattelart:

El pragmatismo que caracteriza a los estudios operativos impregna cada vez más las maneras de decir la comunicación. De ello resulta que el campo en su conjunto experimenta cada vez más dificultades para desprenderse de una imagen instrumental y conquistar una verdadera legitimidad como objeto de investigación en su integridad, tratado como tal, con el distanciamiento indisociable de una gestión crítica (Mattelart y Mattelart, 1997: 126).

En este movimiento, que indudablemente seguirá siendo objeto de debate durante las próximas décadas, la epistemología es una clave principal para legitimar científica y socialmente al campo de estudios de la comunicación, en consonancia con la relevancia, real o imaginada, que el poder y la historia han otorgado a su objeto (Martín Barbero, 1987, 2001, 2002; Mattelart y Mattelart, 1987; Mattelart, 1995, 2000, entre otros). Pero se

implica, también, inevitablemente la necesidad de una síntesis conceptual, teórica y metodológica, que permita identificar la “comunicación” como un objeto científico.

La posibilidad de una convergencia metodológica y social

No obstante lo señalado en la sección anterior, hay evidencias de un proceso creciente aunque no mayoritario de reflexión crítica y de modificación práctica de las condiciones por las cuales el campo de estudios de la comunicación se aleja de un estado, que nunca ha tenido, de monopolio de la legitimidad científica y social en un grupo, perspectiva o modelo, y al mismo tiempo de la fragmentación, para avanzar hacia una “nueva y virtuosa síntesis” como la anunciada por Krippendorff. La situación presente del campo parece requerir de una articulación muy delicada de reflexión epistemológica con análisis sociológicos y ético-políticos de los intrincados procesos de su legitimación institucional, pues en el fondo, es una lucha ideológica que cruza por la territorialización, es decir, por su institucionalización disciplinaria, donde hay muchos obstáculos que superar,⁵ al mismo tiempo que por la búsqueda de su integración metodológica.

En ese sentido, ante la convicción de que en el debate norteamericano y europeo sobre la historia y futuro del campo de la comunicación pueden encontrarse aportes fundamentales para los análisis críticos que, desde el espacio académico latinoamericano, nadie más que los latinoamericanos pueden hacer, convendría mucho distinguir entre “los tres modos de relación del trabajo académico con las concepciones y modelos de comunicación hegemónicos: dependencia, apropiación, invención”, que Jesús Martín-Barbero propuso hace casi dos décadas y que resultan esenciales para avanzar en el análisis de “nuestros” saberes. Dejando de lado por ahora la “invención”, resalta:

La dependencia que, transvestida de liberalismo intelectual y eclecticismo posmoderno, concluye que ‘todo vale’, o sea que todas las concepciones ‘son iguales’ y por lo tanto tienen los mismos derechos. Derechos que, en países de desarrollo tan precario como los nuestros, serían sólo los de aplicar lo que otros inventan y ‘estar al día’. La apropiación se define al contrario por el derecho y la capacidad de hacer nuestros los modelos y las teorías vengan de donde vinieren geográfica e ideológicamente. Lo que implica no sólo la tarea de ensamblar sino la más arriesgada y fecunda de rediseñar los modelos para que quepa nuestra heterogénea realidad, con la consiguiente e inapelable necesidad de hacer lecturas oblicuas de esos modelos, lecturas ‘fuera de lugar’, desde un lugar diferente a aquel en el que se escribieron (Martín Barbero, 2002: 6).

Para fomentar esa apropiación crítica latinoamericana, puede resultar fecunda la revisión de la más reciente obra del danés Klaus Bruhn Jensen: *Un manual de investigación de los medios y la comunicación. Metodologías cualitativas y cuantitativas* (Jensen, ed., 2002). En esta obra, que reformula sustancialmente el contenido de su anterior versión (Jensen & Jankowski, eds., 1991), Jensen propone cómo pasar de un modelo de comunicación centrado en el “intercambio de mensajes”, y de otro, irreconciliable con él, de la “comunicación como ritual”, a un modelo de “niveles”, que bien pueden ser llamados socioculturales, que integra a los medios tecnológicos contemporáneos no sólo con la producción de sentido sino también con la estructuración de la sociedad. Para ello retoma de Giddens (1984) la idea de la “dualidad de la estructura” y agrega a las categorías de “agencia” y “estructura”, la de “medios”:

La cuestión fundamental para el campo, consecuentemente, es la diferencia que hacen los medios, no sólo en términos de sus ‘efectos’ sobre las audiencias, sino para el resto de la estructura social y para la agencia humana, la cultura y la comunicación. Este

libro considera como el rasgo distintivo de los medios la producción y circulación de sentido en las sociedades modernas, lo que permite la reflexividad colectiva y la acción coordinada en una escala sin precedentes. Esto implica que los medios mismos ocupan el centro de interés en el campo –su identidad– en un sentido metodológico. El hecho de que los medios sean al mismo tiempo negocios, formas estéticas y recursos culturales tiene interés teórico y empírico primario en la medida en que esos rasgos conforman la producción mediada de sentido. Precisamente por la complejidad de los medios como objetos de análisis, el campo debe contar con una variedad de enfoques teóricos, disciplinarios así como interdisciplinarios, tomando en consideración la gran periferia de factores explicativos que convergen en su centro (Jensen, ed., 2002: 9).

Las propuestas teórico-metodológicas que se desprenden de esta “nueva” concepción de la investigación de la comunicación y de los medios de una manera integrada, supone a ésta como una práctica, que puede entenderse, al igual que la comunicación, como “un tipo particular de interacción social gobernada por reglas” y que incluye, como constitutivos esenciales, al investigador, a sus sujetos-objeto⁶ (u otras fuentes de evidencia), y a “la comunidad de pares que, tarde o temprano, evaluarán la calidad de los hallazgos y de la conducta profesional” (Jensen, ed., 2002: 289).

De esta manera, es clara la articulación epistemológica, propuesta por Jensen, entre la comunicación y la investigación de la comunicación, una meta-práctica de ella. Ya en una obra anterior (1995), Jensen había formulado la relación entre una “teoría de la comunicación” como semiótica de primer orden, y una “teoría de la ciencia” como semiótica de segundo orden. La metodología adquiere, así, una potencia explicativa que escaseaba en el campo académico y, al mismo tiempo, proporciona una plataforma tan

sólida como pueden ser los constructos científicos, para la convergencia en el campo, en la misma línea de la “nueva y virtuosa síntesis” trazada por Krippendorff años atrás.

Por supuesto, habrá que observar –empírica y rigurosamente– los procesos de apropiación de esta propuesta en el campo. Pero no cabe duda de que estimula una discusión muy pertinente, que, a través de su formulación “política”, puede cobrar mucho sentido en América Latina, pues para Jensen, la orientación hacia la acción social es algo que la investigación comparte con la comunicación. Tanto la investigación sobre los medios como la comunicación mediada tienen fines, sean implícitos o explícitos... Es la conclusión de la comunicación mediada y de su transformación regulada en acción social concertada lo que es distintivo de la democracia, no un interminable proceso de comunicación. El fin de la comunicación sirve a los fines de la democracia... El fin del proceso de investigación es el comienzo de otras prácticas sociales (Jensen, ed., 2002: 293).

Debe advertirse, sin embargo, que es la institucionalidad, y no la argumentación intelectual, el lugar social donde se articulan el poder y el saber, por lo que el futuro del campo y la lucha por su orientación dependen en mayor medida de las formas organizacionales que de las teóricas. Para analizar a fondo el “universo de discurso en el que crecimos”, el trabajo historiográfico de Timothy Glander (2000) interpreta las decisiones que guiaron la institucionalización del campo de estudios de la comunicación en Estados Unidos en el contexto de la segunda guerra mundial en un sentido estrictamente político, pues había tantos antecedentes académicos para institucionalizarlos en relación con la educación, en el campo de las humanidades, como con la propaganda, en el de las ciencias sociales.

Al resolverse la definición de los proyectos fundacionales en términos del avance en el conocimiento y control de los mecanismos propagandísticos, centrados en la difusión

masiva y selectiva de mensajes persuasivos, y no de los educativos, asociados a la construcción democrática de comunidades de conocimiento y acción; y al conseguirse no sólo los apoyos políticos y financieros, sino también la legitimidad académica de la investigación con ese sesgo, la separación entre comunicación y educación y la escisión entre humanidades y ciencias sociales quedó consagrada y el modelo de la Mass Communication consolidado, independientemente de su consistencia epistemológica, primero en Estados Unidos y luego, en el resto del mundo.

Para los años sesenta, época de la guerra fría y de la “modernización” de América Latina, parecía haberse resuelto así el diseño del campo de la comunicación. No sólo se había institucionalizado, en la forma de institutos de investigación sobre todo, sino que había clarificado su “misión”, o al menos la de la “Mass Communication Research”, alrededor de las famosas cinco preguntas de Lasswell, -“quién, dice qué, a quién, por qué canal, con qué efectos”- convertidas por Schramm en un auténtico paradigma disciplinario (Rogers,1994). Pero más que la historia de allá, interesa discutir cómo se trasladan sus rasgos, hacia acá: hacia América Latina y hacia el resto del mundo.

La historia de los medios, así como la de las prácticas comunicativas o de la idea de la comunicación, tienen lugares propios en la investigación, que no habría que confundir con la historia del campo académico, aunque entre todas esas historias haya vínculos y enlaces múltiples. En América Latina, por más que haya antecedentes documentados incluso anteriores a los estadounidenses, la historia del campo académico de la comunicación no abarca más que las últimas cinco décadas, el tiempo que lleva el proceso de su institucionalización en las universidades y centros de investigación. En ese trayecto, es muy relevante el hecho de que el estudio de la comunicación haya tenido mucho más arraigo en la forma de programas de formación profesional que de centros de investigación,

y, por supuesto, la dependencia “obvia” de la investigación latinoamericana con respecto a “las orientaciones conceptuales y metodológicas establecidas por los investigadores en Europa y los Estados Unidos”, que ya documentaba y denunciaba Luis Ramiro Beltrán (1974, 1976) en los años setenta.

No hay duda de que, en muchos aspectos, ha quedado atrás aquella situación de la “indagación con anteojeras”, es decir, con mayor precisión, la oposición maniquea entre el rigor de la ciencia y el compromiso político con la transformación social que Beltrán descubría como patrón del debate central en la investigación de la comunicación en América Latina en esa época, y que resultaba más nociva aún que la dependencia conceptual y metodológica de la que no estaba desvinculada. Pero al igual que en las ciencias sociales en general, y en el campo de la comunicación en Estados Unidos y en otras regiones, el eje central de los debates en el campo latinoamericano pareció perderse entre los años ochenta y noventa, precisamente en la época de su crecimiento explosivo. Como he argumentado en otro lugar con mayor detalle, sin que hayan desaparecido el maniqueísmo o el dualismo que en otras épocas organizaban el pensamiento, el discurso y la acción sobre la comunicación, desde mediados de los años ochenta parecen haberse multiplicado en tal medida las posturas y las posiciones desde las cuales se puede investigar la comunicación, que el debate es cada vez más difícil, al haber menos referentes comunes (Fuentes, 1999).

Quizá podría sostenerse hoy, tratando de enfatizar la dimensión epistemológica de esta problematización, que ese aparente abandono de las premisas críticas, así se sustentaran más en ideologías políticas que en posturas científicas, y esa inercia sin proyecto que puede documentarse muy bien en el campo latinoamericano de la comunicación, no sólo nos acercan más que en otras épocas a lo que sucede en otras partes,

sino que nos exige recomponer nuevamente los esquemas reflexivos desde una postura muy propia. Adelanto que ya no basta tampoco el análisis de la institucionalización social y cognoscitiva del campo, como considero que no es suficiente el análisis de su legitimación intelectual, pero sí creo que es conveniente revisar los fundamentos institucionales de la disciplinarización del campo y, en consecuencia, las estructuras transinstitucionales en que se sostiene e impulsa, principalmente las publicaciones y las asociaciones académicas.

En otras palabras, creo que la influencia fundacional de CIESPAL⁷ y sus modelos de escuelas de periodismo primero y de comunicación después; la omnipresente actividad de la iglesia católica y después de otras iglesias en las prácticas educativas y comunicativas de todo tipo; los programas estatales de modernización y los multivariados movimientos políticos y sociales que han impulsado proyectos comunicacionales de signos muy distintos; la intervención de agencias internacionales de diverso origen, orientación y capacidad financiera; los intereses directa e indirectamente asociados con los medios; y muchas otras agencias extra-académicas, han condicionado de una manera mucho más determinante, aunque enormemente variada, la institucionalización universitaria de nuestro campo que la racionalidad no digamos científica, sino organizacional de la propia academia.

Porque si bien los modelos básicos de formación universitaria de profesionales de la comunicación fueron importados a América Latina directamente de Estados Unidos, insertados en unos sistemas universitarios muy diferentes al original, pronto adquirieron características divergentes, de las cuales ahora destaco solamente la desvinculación de su desarrollo con respecto al de los sistemas comerciales de medios, que incluso superaron en algunos aspectos, momentos y países determinados a sus modelos norteamericanos. Quizá, la falta de articulación de estos programas con la investigación, que siempre fue

relativamente escasa y durante muchos años se realizó primordialmente fuera de las universidades, y en la mayor parte de los países también de los medios, alejó a la gran mayoría de las escuelas de comunicación de la posibilidad de generar un espacio académico mínimamente riguroso en cuanto a los saberes que reproducía. Cuando comenzaron a surgir los programas de posgrado, donde se forma a los profesionales de la investigación, este patrón estaba ya sólidamente establecido y muchos de estos programas no han podido o no han querido sustraerse a él.

Se puede explicar así, entre otros rasgos de nuestro campo, el proceso de disciplinarización de los estudios de comunicación. La formación de profesionales, orientada a la creación, expansión y desarrollo de un mercado laboral en los medios y otras instituciones sociales en el que se insertaran los egresados universitarios, tuvo un impulso mayor por parte de las propias universidades que de las industrias de la comunicación. Los medios podrían emplear especialistas funcionalmente capacitados, pero las universidades debían legitimar la oferta correspondiente a esa demanda distinguiendo su formación de la de otros profesionales: la manera que prevaleció fue la recomendada por CIESPAL en 1963: independizar, al interior de la estructura universitaria, en la forma de escuelas, facultades o departamentos, los estudios de “comunicación”. La denominación institucional fue más importante que la fundamentación conceptual.

La profesionalización avanzada del campo académico de la comunicación

A manera de síntesis, situada desde el trabajo de posgrado en comunicación en América Latina, se refuerza en la actualidad la convicción de que la “comunicación”, como quiera que la definamos, implica sistemas y prácticas socioculturales, cognoscitivas,

económicas y políticas, y dimensiones psicológicas, biológicas y físicas de las que necesariamente participamos. La construcción de objetos de conocimiento sobre ella no puede ignorar que como sujetos estamos implicados en esos objetos. Por ello el hecho de construirlos y desarrollarlos de una u otra manera afecta su propia naturaleza objetiva, la institucionaliza y, de alguna manera, la “naturaliza”. En el campo de la comunicación, la tensión esencial parece ser ontológica: su objeto es un factor constitutivo de lo humano, y al mismo tiempo un instrumento para la consecución de fines particulares, histórico-sociales determinados. Estamos hechos de comunicación, como individuos y como sociedades, pero también usamos la comunicación para afectar particularmente esta constitución. De ahí que la comunicación implique ineludibles imperativos éticos.

En el plano epistemológico, entonces, esa “tensión esencial” se puede resolver tanto separando como buscando articular ambos aspectos del fenómeno. Las teorías de la comunicación, elaboradas en los campos del conocimiento filosófico, de las ciencias naturales o formales, de las humanidades o de las ciencias sociales, son construcciones alternativas para interpretar sistemáticamente, y comunicar a otros o con otros, la forma en que se relacionan en la práctica concreta las dimensiones constitutivas e instrumentales de la comunicación. Por razones ideológicas, históricamente explicables, parecen haber predominado las perspectivas instrumentales más reduccionistas en la constitución del campo académico, al centrarse la atención en los medios o en los mensajes y no en las interacciones entre sujetos o entre éstos y las instituciones. Pero su eficacia explicativa, interpretativa o retórica, al operar esa reducción, genera más problemas que los que resuelve, debido a que lo que “deja fuera” es precisamente lo que resulta indispensable explicar: la constitución comunicativa de la realidad social.

Para la teoría de la estructuración, agencia es la capacidad del actor social “para reinterpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio” (Sewell, 1992: 19), pues los recursos nunca están homogéneamente distribuidos entre los sujetos sociales (individuales o colectivos). “Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida” (Sewell, 1992: 20).

Este principio, que por supuesto tendría que desarrollarse mucho más, es la base de la propuesta final de esta exposición: es mediante la formación universitaria de agentes académicos competentes para producir socialmente sentido sobre la producción social de sentido, que el campo académico de la comunicación puede no sólo reorientarse para avanzar en su legitimación, para ganar mayor autonomía y poder, sino que podrá generar explicaciones más plausibles y orientadoras de las transformaciones en curso en el mundo y del papel que los sistemas y prácticas de comunicación tienen en esas transformaciones, y basar su legitimación en esta competencia académica, más que en la competitividad de su institucionalización disciplinaria. Más en la contribución a la comprensión y distribución social del saber sobre la comunicación que en su deformación reduccionista, no sólo en términos epistemológicos sino también políticos.

La comprensión de la comunicación contemporánea no puede ser tarea exclusiva de nadie, pues no puede producirse sin el aporte de los saberes de otros. Lo que puede ayudar más a clarificar las condiciones de la legitimación epistemológica de los estudios de la comunicación no es su cerrazón, sino su apertura: su capacidad de interacción crítica y de complementación racional en la construcción de un conocimiento teórico, sólido y comprensivo, que articule perspectivas diversas sobre un aspecto de la realidad que, por

definición, es múltiple. Y esa es una tarea predominantemente metodológica, como lo proponen Jensen y otros autores.

De ahí la pertinencia de centrar los esfuerzos en la profesionalización avanzada, en la formación de agentes académicos con capacidad metodológica y éticamente regulada, de influir críticamente en la definición de los términos más pertinentes para que la lucha por la identidad y la monopolización del saber legítimo, por la acumulación, reproducción y, sobre todo, la redistribución social de los saberes sobre la comunicación, adquiera un carácter liberador, al mismo tiempo científico y político.

Notas

2 Quizá no sobra recordar que una vez que fue desplazado el proyecto del empirismo lógico del centro de la discusión filosófica sobre el conocimiento científico, con las certezas dogmáticas que proporcionaba a sus adherentes, la epistemología de las ciencias, comenzando por las naturales, se ve tensionada por la convicción de que el conocimiento debe referirse válidamente a alguna realidad, como sostenía Popper, y de que es un conocimiento histórico y socialmente construido, como lo propuso Kuhn. El "criterio de demarcación", la distinción entre el conocimiento científico y el no científico, es ahora, en vez de una norma de unificación, un objeto más de discusión, sometido tanto a las condiciones de la racionalidad como a las del poder.

3 En la siguiente sección se podrán revisar de una manera más detallada las implicaciones metodológicas de estas premisas, que coinciden en buena medida con las desarrolladas por Klaus B. Jensen.

4 Para un mayor desarrollo de la misma argumentación desde este ángulo de análisis, Fuentes (2000a).

5 Aunque no es posible desarrollar aquí in extenso el análisis de esta dimensión crucial, hay que considerar que hay una diferencia sustancial en la institucionalización disciplinaria de los estudios de la comunicación y, por lo tanto, en la constitución del campo académico y sus búsquedas de legitimación, entre Estados Unidos y América Latina: la disciplinarización, es decir, la construcción y defensa de un territorio delimitado y relativamente cerrado para controlar los procesos de producción y reproducción de saberes académicos, en Estados Unidos fue sobre todo la consecuencia de una estrategia sociopolítica soportada por la investigación empírica, aquella que Lazarsfeld llamó "administrativa". En América Latina, de una estrategia de adaptación y justificación sociopolítica de las instituciones universitarias, basadas en su función profesionalizante,

como vehículo de movilidad social y de "modernización" de porciones selectas de la población. Al no darse el caso en términos similares ni a Estados Unidos ni a América Latina en la mayor parte de los países de Europa, quizá con la excepción española, los estudios sobre la comunicación comparten los mismos problemas de legitimación social y epistemológica, pero no los de disciplinarización del campo.

6 Jensen utiliza el término "respondents" (2002: 289).

7 CIESPAL: Centro Internacional de Estudios sobre la Comunicación (antes Periodismo) para América Latina.

Referencias bibliográficas

ANDERSON, James A. (1996). *Communication Theory. Epistemological Foundations*. New York: The Guilford Press.

BELTRÁN S., Luis Ramiro (1974). "Communication research in Latin America: the blindfolded inquiry?", *International Scientific Conference on Mass Communication and Social Consciousness in a Changing World, IAMCR, Leipzig*, en *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica. Inicio, Trascendencia y Proyección*. La Paz: Plural Editores, 2000.

BELTRÁN S., Luis Ramiro (1976). "Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en Latinoamérica", en *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica. Inicio, Trascendencia y Proyección*. La Paz: Plural Editores, 2000.

BOURDIEU, Pierre (1975). "La especificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison", *Paris: Sociologie et Sociétés Vol. VII, núm. 1*, pp.91-118.

BOURDIEU, Pierre (1988). *Homo Academicus*. California: Stanford University Press.

BOURDIEU, Pierre (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.

FUENTES NAVARRO, Raúl (1992). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. México: FELAFACS.

FUENTES NAVARRO, Raúl (1998). *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO / Universidad de Guadalajara.

FUENTES NAVARRO, Raúl (1999). "La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI", en *Diálogos de la Comunicación No. 56*. Lima: FELAFACS, p.52-68. También en *Oficios Terrestres Año V No. 6*. La Plata: FPCS UNLP, p.56-67.

FUENTES NAVARRO, Raúl (2000a). Educación y Telemática. Buenos Aires: Norma (Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación).

FUENTES NAVARRO, Raúl (2000b). "Perspectivas socioculturales postdisciplinarias en la investigación de la comunicación", en: OROZCO GÓMEZ (Coord.): Lo viejo y lo nuevo. Investigar la comunicación en el siglo XXI. España: Ediciones de la Torre, p.17-31.

FUENTES NAVARRO, Raúl (2002). "Comunicación, cultura, sociedad: fundamentos conceptuales de la postdisciplinarietà", en Tram(p)as de la comunicación y la cultura Año 1 No. 1, La Plata: FPCS UNLP, p.12-29.

GERBNER, George (1983). "The Importance of Being Critical -In One's Own Fashion" in Ferment in the Field, Journal of Communication Vol 33 No 3.

GIDDENS, Anthony (1984). The constitution of society. Outline of the theory of structuration. California: University of California Press.

GLANDER, Timothy (2000). Origins of Mass Communications Research during the American Cold War. Educational Effects and Contemporary Implications. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

JENSEN, Klaus Bruhn (1995). The Social Semiotics of Mass Communication. London: Sage.

JENSEN, Klaus Bruhn (ed.) (2002). A handbook of Media and Communication research. Qualitative and Quantitative Methodologies. London & New York: Routledge.

JENSEN, Klaus Bruhn & Nicholas W. JANKOSWIKI (eds.) (1991). A handbook of qualitative methodologies for mass communication research. London & New York: Routledge.

Journal of Communication (1983): Vol. 33 No. 3, Special Issue: Ferment in the Field.

Journal of Communication (1993): Vol. 43 No. 3-4, Special Issue: The Future of the Field: between Fragmentation and Cohesion.

KRIPPENDORFF, Klaus (1980). Content Analysis: an introduction to its methodology. Beverly Hills: Sage.

KRIPPENDORFF, Klaus (1994). "The past of Communication's hoped-for future" in LEVY and GUREVITCH: Defining Media Studies. Reflections on the future of the field. New York: Oxford University Press.

LEVY, Mark R. and Michael GUREVITCH (1993). "Editor's Note" in The Future of the Field, Journal of Communication Vol. 43 No. 3.

LEVY, Mark R. and Michael GUREVITCH (1994). *Defining Media Studies. Reflections on the future of the field.* New York: Oxford University Press.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía.* México: Gustavo Gili.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (1992). "Pensar la sociedad desde la comunicación. Un lugar estratégico para el debate a la modernidad", en *Diálogos de la Comunicación* No. 32, Lima: FELAFACS. p.28-33.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (2001). "Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación", en: VASSALLO y FUENTES (Comps.): *Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas.* Guadalajara: ITESO / UAA / UdeCol / UdeG, p.15-42.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (2002). *Oficio de Cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura.* Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

MATTELART, Armand (1995). *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias.* Madrid: FUNDESCO.

MATTELART, Armand (2000). *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global.* Barcelona: Paidós Transiciones.

MATTELART, Armand y Michèle (1987). *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social.* Madrid: FUNDESCO.

MATTELART, Armand y Michèle (1997). *Historia de las teorías de la comunicación.* Barcelona: Paidós Comunicación.

PETERS, John Durham (1999). *Speaking into the Air. A history of the idea of communication.* Chicago: The University of Chicago Press.

ROGERS, Everett M. (1994). *A History of Communication Study. A Biographical Approach.* New York: The Free Press.

SEWELL, Jr. William H. (1992). "A Theory of Structure. Duality, Agency and Transformation", in *American Journal of Sociology* Vol. 98 No. 1, p.1-29.

VASSALLO DE LOPES, Maria Immacolata (2001). "Reflexiones sobre el estatuto disciplinario del campo de la comunicación", en VASSALLO y FUENTES (Comps.): *Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas.* Guadalajara: ITESO / UAA / UdeCol / UdeG., p.43-58.

VELASCO GÓMEZ, Ambrosio (Coord.) (2000). *El concepto de heurística en las ciencias y las humanidades.* México: Siglo XXI/ CIICH UNAM.